



SEMANARIO POPULAR.

PERIÓDICO PINTORESCO

ADAPTADO A TODOS LOS GUSTOS Y AL ALCANCE DE TODAS LAS CLASES DE LA SOCIEDAD.

Núm. 3.^o

JUEVES 27 DE MARZO DE 1862.

Los números del año forman un tomo de mas de 400 páginas de abundante lectura y preciosos grabados con una elegante cubierta.

4 CUARTOS EL NÚMERO.

Se publica todos los jueves y se remite á provincias el mismo día.

Se vende en los puntos de suscripcion.

Tomo I.

PRECIO DE SUSCRICION.

MADRID un año 24 rs., seis meses 15.—PROVINCIAS un año 26 rs., seis meses 14.—ESTRANJERO, CUBA Y PUERTO-RICO un año 50 rs.

SUMARIO.

LA HISTORIA DE LAS FLORES. (Del italiano, por Emilia G.) —EL TONELERO DE NUREMBERG, cuento de Hoffmann. (Continuacion.) —LOS HOMBRES UTILES: SEBASTIAN DEL CANO. —LOS GRANDES Y LOS PEQUEÑOS VIVIENTES: los murciélagos, por Robinson. —ARQUITECTURA RURAL: Las granjas y habitaciones campestres, por H. D. —LA PRIMAVERA: por Adam Mickiewicz. —NOTICIAS Y CURIOSIDADES: Las bibliotecas de Madrid. —La poblacion de la tierra. —Los cafes en China. —CLAVE ENIGMÁTICA para correspondencia secreta.

LA HISTORIA DE LAS FLORES.

Oh i soavi ricordi
Delle olezzanti bellezze!

¡La historia de las flores! Vasto argumento para ocupar la vida del hombre mas laborioso si se empeñase en referirnos desde la de la humilde *violeta* que oculta sus modestos pétalos entre los céspedes de las praderas, hasta la de la *reina Victoria*, que necesita anchurosos lagos para desplegar sus gigantescas hojas. Y no obstante, la historia de estos esmaltes de la naturaleza, pudiera definirse bien concisamente: nacen, se deshojan y mueren. ¡Y cuántas fragantes bellezas de esta clase murieron en la soledad desconocida su historia de los hombres! ¡Su esquisito aroma no habrá sido por esto menor y semejantes á aquella modesta y escondida virtud, que prodiga su benéfico influjo en el reducido círculo de la familia ó de la aldea en que vive, aquellas flores habrán adornado los bosques con sus matizadas corolas, la abeja laboriosa habrá estraído dulce miel de sus nectarios, y sus perfumes se habrán elevado al cielo con el melodioso gorgojo de las aves, como incienso ofrecido al Criador de todo lo que es bueno y hermoso!...

Pero volvamos á nuestro argumento. No pretendemos bajo el título dado á este escrito hablar mas que de las flores cuya vida civil, por decirlo así, se mezcló con las costumbres

de los hombres adornando los altares, los dioses, las víctimas, ó que simbolizadas, inspiraron la lira de los poetas y el valor de los guerreros; de aquellas que entraron hasta en las prosáicas operaciones de la *bolsa* ó de cualquier otro modo dividieran su existencia con los inquietos habitantes del mundo civilizado. De las otras... de aquellas que aun disfrutaban del beneficio de la soledad en los desiertos, dejaremos al naturalista el cuidado de estudiar las familias, el género, la especie á que pertenecen, ó los fenómenos orgánicos que ofrezcan y las virtudes que posean.

La *rosa*, por ejemplo, ha sido llamada la reina de las flores y celebrada con frecuencia en la Sagrada Escritura. «Fui ensalzada dice el libro de la Sabiduría como los cedros del Líbano y como los rosales de Jericó.» En algunas de las solemnidades el Sumo Pontífice de los hebreos llevaba una corona de rosas, y tambien una corona de estas flores ceñía la cabeza de los esposos el día de sus nupcias.

Cuenta la mitología que la *rosa blanca* nació el mismo día que Minerva salió del cráneo de Júpiter, volviéndose encarnada por la sangre que la salpicó cuando Adonio fue herido por un jabalí, y segun otros, por la que Venus derramó sobre ella al acudir presurosa á socorrerle lastimándose con las espinas. La *rosa* estaba consagrada á Venus, al Amor, á Baco, á las Musas, á los Penates. Aglae, la mas joven de las Gracias, se la solia representar con una *rosa* medio deshojada en la mano. La primera hora del día derramaba rosas al paso de la Aurora, y esta á la vista del Sol su padre, rociaba sus pétalos con lágrimas de alegría; por esto la ingeniosa antigüedad miraba á la *rosa* bañada de rocío, como emblema del amor filial. Las obras de los poetas griegos y latinos prueban en cuánta estima tenían la *rosa* los antiguos; la cultivaban con esmero para adornarse con ella en las solemnidades; decorando los templos, los salones de los festines y las mesas mismas donde comian, con esta flor encantadora. Los graves romanos en tiempo

de Plinio, llevaban sombreros hechos con pétalos de *rosa* por creer que su perfume preservaba de los efectos producidos por los vapores del vino.

Es sabido que el infame Heliogábalo ahogó á sus comensales bajo una lluvia de pétalos de *rosa*.

Las *rosas* que de mas nombradía gozaban entonces, eran las de Paestum y las de la isla de Rodas.

La edad media tuvo tambien un gusto especial por las *rosas*, pero mas lógica, las consagraba á Dios como emblema de la caridad. En Salency se instituyó una fiesta anual para coronar con *rosas* á la joven mas virtuosa. En todas las novelas caballerescas se celebra la *rosa*. Un ramo de estas flores era el regalo mas estimado que un caballero podia recibir de su dama.

En Francia los jóvenes pares ofrecian *rosas* á todo el Parlamento en el mes de mayo, y esta ceremonia se llamaba *la Baillée des roses*. Asi es que se cultivaban abundantemente en los circuitos de París, y entre los derechos feudales se encontraban muchos censos de *rosales*.

En Inglaterra circuló una moneda de gran valor llamada *el noble de la rosa*. Esta misma flor fue despues en Inglaterra el símbolo de las mas sangrientas guerras. La casa de York tenia por armas la *rosa blanca*, mientras que la de Lancastre habia elegido la *rosa roja*, y durante veinte y cinco años las facciones alistadas en estas dos banderas se batieron desesperadamente haciendo correr torrentes de lágrimas y sangre. Aun hoy en las armas británicas la *rosa* es el símbolo de Inglaterra, el cardo el de Escocia y el trébol el de Irlanda.

María Estuardo regaló al poeta Ronsard un precioso rosal de plata con la siguiente dedicatoria: «A Ronsard, el Apolo del manantial de las Musas.»

¡Catalina de Médicis, en cambio detestaba la *rosa*!!! y un caballero de Guisa se desmayaba con solo sentir el perfume de esta flor.

En la alta Engadina habia la singular cos-

tumbre de que cuando á un condenado se le reconocia inocente, la jóven mas hermosa del distrito iba á la prision á ofrecerle una rosa.

La Iglesia ha consagrado las rosas al Santísimo Sacramento. A Santa Isabel de Hungría se la representa con su falda llena de rosas, á Santa Dorotea virgen y mártir con tres rosas en la mano, á Santa Rosa de Lima coronada de rosas, siendo tambien considerada esta flor como emblema del martirio. Todos los años, el domingo de Ramos, el Sumo Pontífice incienso y bendice una rosa de oro que despues regala al príncipe ó princesa que tiene mayor mérito en la cristiandad.

La rosa silvestre era escogida por los druidas en sus ceremonias. La blanca es tambien el emblema de la indiferencia, y podremos añadir que por lo caduco de sus hojas y por las espinas que la rodean, es el verdadero emblema de la vida.

Tambien está llena de curiosas noticias la historia contemporánea de esta flor, pero como todos las sabemos, nos limitaremos á decir que se acerca su época con el próximo mes de mayo en el cual veremos igualmente adornada de rosas la cabeza de las señoras elegantes como la de las sencillas labradoras. Abundarán sus olores en los puestos de flores de Santa Cruz y calle de Sevilla, mientras en las procesiones del Santísimo Viático, millares de rosas caerán de los balcones de la coronada villa sobre el pálido que cubre el pan de la vida eterna.

EMILIA G.

EL TONELERO DE NUREMBERG.

CUENTO DE HOFFMANN.

(CONTINUACION.)

VI.

Cuando Federico despertó á la mañana siguiente, no hallando al lado á su nuevo amigo, creyó que tal vez habria variado de camino, pero Reinaldo apareció súbitamente delante de él con el morral á la espalda y en un traje distinto del que habia llevado la víspera. Habia quitado la larga pluma flotante de su sombrero, no llevaba ya su espada corta y un saco de una tela y de un color comun, habia reemplazado al elegante justillo que realizaba la belleza de sus formas.

—Bien, hermano mio, exclamó, ¿me tomarías ahora por un buen artesano tal como quiero ser? Para estar enamorado has dormido bastante, me parece, mira cuán alto está ya el sol.

Federico, sumergido en sus ideas respecto al porvenir apenas contestó á las palabras de Reinaldo que completamente trastornado por una alegría extraña, hablaba sin cesar echando su sombrero al aire y saltando como un loco. Cuando se aproximaron á la ciudad, Federico se puso aun mas sério y deteniéndose de pronto exclamó: no, no puedo dar un paso mas; la tristeza pesa sobre mi corazón y me es imposible soportarla; déjame reposar un poco bajo esos árboles.

Al decir esto se echó en tierra como si hubiera agotado sus fuerzas. Reinaldo se sentó á su lado y empezó á hablarle de la noche anterior.

—Anoche, le dije, he debido causaros una extraña sorpresa. Cuando os hablaba de mi amor deplorando la incertidumbre del porvenir, sentía en mí mismo una agitación que no puedo expresar. Mi cabeza se abrasaba y me hubiera vuelto loco si al encontraros vuestro dulce canto no me hubiera calmado como por un milagro. Esta mañana me desperté contento, los fantasmas que me perseguían ayer se habian desvanecido y recobré la calma y la tranquilidad de mi imaginación; no recuerdo mas que la fortuna de haberos encontrado, y no pienso en nada mas que en cultivar la amistad que me inspirásteis desde el primer momento. La amistad es un don del cielo cuyos frutos son in-

preciables. Deseo por esta razón referiros un acontecimiento que tuvo lugar en Italia, hace algunos años, durante el corto tiempo que residí en aquel país.

Habia allí un noble príncipe amigo de las artes y protector ilustrado del verdadero talento, que habia abierto un concurso por un premio considerable para el mejor cuadro de un asunto interesante, los detalles del cual estaban rodeados de dificultades. Dos artistas jóvenes que se hallaban unidos por el mas tierno afecto y que vivían y trabajaban juntos se presentaron á disputar el premio. Emplearon para probar fortuna toda la imaginación y la ciencia práctica que poseían. El mayor, dotado de una grande aptitud para el dibujo y la composición, formó el bosquejo casi en el momento; ante la valentía de un entendimiento tan poderoso para crear, el mas joven se sintió desalentado y hubiera abandonado sus pinceles á no haberle sostenido su amigo con enérgicos consejos. Cuando empezaron á pintar, el mas joven tomó la revancha desde el primer día, por la delicadeza de sus toques y por la finura de su colorido, pero de un modo tal como hubiera podido hacerlo el artista de mas experiencia. De esta asociación de dos talentos resultó pues que el mas joven de los dos amigos presentó en la exposición un cuadro de una perfección exquisita en el dibujo, y que el mayor hizo una obra de una delicadeza tal como no la habia ejecutado nunca. Cuando ambos cuadros estuvieron concluidos sus autores se abrazaron mutuamente llenos de alegría por el buen éxito que se prometían uno á otro. El mas joven alcanzó el premio.

—¡Oh! exclamé al saberlo, ¿cómo he de aceptar este laurel? ¿qué sería mi obra sola sin los consejos y el auxilio de mi amigo!

—Pero el mayor le contestaba: ¿no me has ayudado tambien con tus consejos? En cada una de nuestras obras hemos reunido todo nuestro saber é imaginación con el objeto de lograr el buen éxito. El triunfo de uno no es la derrota del otro; la gloria cubre siempre con la misma corona á dos amigos como nosotros.

—¿Y no decía la verdad el pintor, Federico? ¿Puede la envidia tener acaso cabida jamás en una alma noble?

—No, exclamó Federico; de este modo nuestra primera entrevista y dentro de pocos días las mismas labores nos ocuparán en la misma ciudad. Dentro de poco seremos rivales para hacer el mejor tonel, la obra maestra de un perfecto artesano. El cielo nos preserve de la miserable envidia, cualquiera que sea el que reciba el premio de la obra.

—¿Qué decís? replicó Reinaldo con alegre vivacidad, yo deseo que nos ayudemos uno á otro. En mí hallareis un guía fiel en todo lo que se refiere al corte y á las medidas, mucho mas que en lo que concierne á la elección de las maderas; podeis descansar en mí. Os dirigiré en la obra con el mayor celo sin temor de que mi obra maestra sea menos perfecta por haber comunicado á un amigo los secretos del arte.

—Muy bien, mi querido Reinaldo, repuso Federico; pero, ¿á qué hemos de hablar ahora de obras maestras y de rivalidad? ¿Ha llegado acaso el tiempo de disputar por la bella Rosa? A decir todas mis ideas se confunden en mi pobre cabeza.

—¿Y quién os habla ahora de Rosa? dijo Reinaldo dando una carcajada; yo creo que soñais con los ojos abiertos. Venid, aun no hemos llegado al término de nuestra jornada.

Federico continuó su camino hasta llegar á la posada mas próxima que estaba á la entrada de la ciudad.

—¿A quién he de ir á presentarme para que me dé trabajo? dijo Reinaldo. No conozco aquí á nadie; á no ser que queráis llevarme á casa de maese Martin.

—Gracias por lo que habeis pensado, repuso Federico con viveza.

—Si, iremos juntos á ver á maese Martin. Conozco que yendo con vos tendré menos miedo y estaré menos turbado al entrar otra vez en su casa.

Los dos amigos despues de haberse vestido como dos artesanos fueron á ver á maese Martin. Era precisamente el domingo fijado por el rico tonelero para celebrar con un banquete su elevación al respetable puesto de maestro síndico. Sería hacia el mediodía cuando nuestros jóvenes viajeros entraron en la casa que resonaba con el ruido de los vasos y las alegres conversaciones de los huéspedes.

—¡Mala ocasión! exclamó Federico.

—Al contrario, replicó Reinaldo; los hombres son mas accesibles cuando se hallan en medio de la alegría escitada por los vinos generosos; apuesto á que maese Martin nos da una cordial bienvenida.

En este momento maese Martin á quien le habia sido anunciada la llegada de los jóvenes, se acercó á ellos con paso algo inseguro y con las mejillas bastante encendidas.

Inmediatamente reconoció á Federico.

—¿Eres tú, hijo mio, qué has vuelto? Está bien, está bien. ¿Has aprendido la noble profesión de tonelero? Me acuerdo que el loco de maese Holzschuer suponía que le habia dicho que tú estabas destinado á labrar figuras y balastradas como las que hay aquí en la iglesia de San Sebald y en Augsburgo en la casa de Fugger; pero yo doy poco crédito á esas historias y te doy el parabien por haber seguido por tí mismo tan buena vocación. Sé mil veces bien venido á mi casa.

Hablando así maese Martin le estrechó en sus brazos. El pobre Federico sintió entonces renacer su valor y se apresuró á aprovecharse de esta feliz oportunidad para sol citar su admisión y la de su compañero en el taller de maese Martin.

—Mejor aun, sed ambos bien venidos, añadió el tonelero, porque en este momento nos encargan obra de todas partes y los buenos artesanos son raros. Dejad vuestros morrales y venid al banquete, la comida se halla próxima á su fin, pero aun hallareis algunos restos y Rosa tomará á su cargo el trataros bien.

Y dicho esto los tres entraron en el comedor. Todos los venerables maestros del gremio de los toneleros estaban alegremente sentados á la mesa, presidida por el muy digno jefe Jacobo Paumgartner; se hallaban ya en los postres y el vino del Rhin corría como un licor de oro en grandes vasos. La conversación era muy animada y se interrumpía á veces por francas carcajadas que hacían temblar los vasos; pero cuando maese Martin apareció con los amigos que queria presentar, todas las miradas se dirigieron hacia los recién venidos, reinando como por encanto el mas profundo silencio. Reinaldo echó una mirada segura á su alrededor, pero Federico con los ojos bajos sintió que su valor estaba á punto de abandonarle.

Maese Martin colocó á los dos amigos al extremo de la mesa y este sitio, el mas humilde un momento antes, llegó á ser el mas envidiado, cuando la bella Rosa fué á sentarse entre ambos huéspedes, ocupándose con cariño en presentarles los mejores vinos y las viandas mas delicadas.

Federico hallándose al lado de esta deliciosa criatura apenas podia contener su emoción y con la vista fija en el plato decía en su interior mil ternezas á su amada. En cuanto á Reinaldo miraba muy atentamente los atractivos de la jóven, y se sentía muy propenso á que le causaran impresión.

Rosa no podia reprimir un sentimiento de secreto placer al escuchar los detalles de este día. La parecía que se presentaban bajo una forma real todos los acontecimientos de la vida que oía referir. Su corazón accedía al sentimiento que le cautivaba involuntariamente por el encanto de este carácter extraño, y no tenía fuerza para retirar su mano que Reinaldo habia cogido varias veces estrechándosela de un modo bastante significativo.

Entre tanto Federico incitado por su amigo habia bebido un vaso entero de vino del Rhin. El vapor de este líquido subió á su cabeza, y le desató la lengua animándole y haciendo que su sangre circulase mas libremente.

—¡Oh cuán feliz me siento! exclamó súbitamente.

A estas palabras, la hija de maese Martin, no pudo reprimir una sonrisa maliciosa.

—Rosa, continuó Federico, ¿me atreveré á creer que habeis conservado un recuerdo mio?

—¿Cómo habia de olvidaros? replicó la joven, me acuerdo de los felices dias de mi niñez, cuando vos jugábais conmigo, y he guardado con esmero la pequeña canastilla de alambre de plata que me disteis la noche de Navidad.

—¡Oh, mi querida Rosa! exclamó Federico fuera de sí mismo.

—Esperaba vuestro regreso con impaciencia; pero cuando consideraba la bella obra que habias hecho antes bajo la direccion de maese Hübner, no podia figurarme, ni comprender que dejárais vuestra carrera de artista para ser un oficial de tonelero en el taller de mi padre.

—Solo por vos he hecho ese sacrificio, replicó Federico con entusiasmo.

Apenas hubo pronunciado estas palabras, su rostro se cubrió de rubor, y empezó á temblar como si hubiera dicho algo que debiera callar. Era, en efecto, una imprudencia el hacer esta confesion tan fuera de propósito.

Rosa, que le habia oido muy bien, bajó los ojos ruborizada, y permaneció en silencio, hasta que por una dichosa casualidad, que la sacó de tan embarazosa situacion, Jacobo Paumgartner dió un golpe en la mesa con su cuchillo para imponer silencio, anunciando que maese Vollrad, el cantor mas célebre de la ciudad iba á entonar una cancion.

Maese Vollrad se levantó inmediatamente, tosió, se sonó, y tomando una postura adecuada, empezó, con voz llena y segura, un canto nacional compuesto por Juan Vogelsang; todos los huéspedes se sintieron como electrizados, y el mismo Federico recobró su serenidad.

Maese Vollrad cantó despues algunos trozos en varios estilos, é invitó á algunos de sus amigos á que le imitaran. Reinaldo tomó su bandurria, y despues de preludiar dulcemente, cantó una cancion en honor del oficio de tonelero.

Largos y repetidos aplausos cubrieron la voz del cantor; pero ninguno de los concurrentes pareció tan complacido como maese Martin, el que sin escuchar los envidiosos comentarios de Vollrad, que se esforzaba en probar que el método de Reinaldo tenia alguna de las imperfecciones del de Juan Muller, llenó su ancha copa, y levantándola tan alta como pudo, gritó:

—Ven aquí, y bebe un trago de la copa de maese Martin.

Reinaldo obedeció, y al volver á su sitio dijo en voz baja á Federico, que pagara la buena acogida que habia tenido, cantando la cancion que le habia oido la víspera.

—¡El diablo cargue con semejante loco! murmuró Federico con un gesto de impaciencia.

Pero Reinaldo, sin hacer caso, se levantó y dijo en alta voz:

—Respetables maestros y señores: escuchad á mi querido hermano Federico, que conoce mejor que yo una multitud de baladas y de cantos, con los cuales querria regalaros sino fuera porque su garganta está un poco seca á causa del mucho polvo que hemos tragado en el camino; así, pues, si os parece, los reservará para vuestra próxima reunion.

A estas palabras, todos empezaron á cumplimentar á Federico, y hubo algunos que se esforzaron en hacer apreciar mas su voz que los talentos de Reinaldo.

Maese Vollrad, que habia bebido un enorme cubilete, pretendia que el método de Reinaldo se asemejaba demasiado al estilo italiano, y que solo Federico conservaba el sello propio de la Alemania.

En cuanto á maese Martin, se echó hácia atrás en su sillon, segun su antigua costumbre, y dando golpecitos en su vientre, exclamaba:

—Aquí hay buena gente; aquí están mis compañeros, los alegres compañeros de festines y de taller de maese Tobias Martin, del mas célebre tonelero de Nuremberg.

Ninguno de los de la sociedad tuvo que oponer nada á esta declaracion, y despues de haber ahogado en el fondo de sus vasos lo poco que les quedaba de razon y de firmeza para sostenerse, se separaron vacilantes para ir á sus camas.

En cuanto á Federico y á Reinaldo, maese Martin los condujo á una habitacion pequeña y muy alegre dentro de su misma casa.

VII.

Despues de algunas semanas de trabajo, maese Martin advirtió en Reinaldo una destreza poco comun en el arte de medir y calcular con ayuda de la regla y el compás; pero vió al mismo tiempo que era un artesano flojo para el trabajo del taller, al paso que Federico era infatigable: ambos, sin embargo, eran recomendables por su buena conducta. Desde la mañana hasta la noche entretenian las horas con alegres cantos de los que Reinaldo sabia muchos, y cuando Federico, tratando de ver á la bella Rosa, tomaba de pronto un tono triste, Reinaldo le cantaba estas palabras: «El tonel no es un laud, etc.» Maese Martin, que no comprendia el sentido de esto, permanecia muchas veces con el brazo levantado, sin golpear, y escuchando atentamente; pero Rosa, que lo comprendia mejor, buscaba mil pretextos para ir al taller.

Un dia maese Martin entró en el obrador con rostro preocupado. Sus dos oficiales favoritos estaban preparando un tonel, y se quedó parado delante de ellos.

—Mis buenos amigos, les dijo; estoy muy satisfecho de vosotros y de vuestras obras, y sin embargo, me encuentro muy embarazado. Me escriben que la cosecha de vino del Rhin escenderá este año á todo lo que se ha conocido; un astrónomo famoso ha anunciado la aparicion de un cometa, el calor del cual producirá una fertilidad maravillosa; el fruto de la vid se aumentará cien veces mas, y este meteoro sorprendente no volverá á aparecer en trescientos años. Podeis juzgar qué enorme cantidad de obra va á haber en mi taller. Ahora precisamente, el venerable obispo de Bamberg, me ha enviado órden de hacer un tonel inmenso. Nosotros no podemos llevar á cabo todos los encargos que nos hacen, y yo necesito tomar otro oficial diestro, celoso y activo como vosotros. Dios me libre de traer aquí un compañero del que yo no esté muy seguro; pero, ¿qué hay que hacer, cuando el tiempo vuela y deseamos ser bien servidos? ¿No podeis indicarme algun compañero conocido vuestro que sea hábil? De cualquier parte que sea necesario traerle, y cualquiera que sea la cantidad que me cueste, estoy pronto á todo.

Apenas habia concluido de hablar maese Martin, cuando se abrió la puerta del taller, y un joven alto y ancho de hombros preguntó con voz muy fuerte:

—¿Es este el taller de maese Martin?

—Indudablemente este es el sitio, contestó maese Martin dirigiéndose al desconocido; pero podiais muy bien haber entrado sin accionar de ese modo, y sin gritar tanto. Ese no es el modo de entrar en casa agena.

—Sois el mismo maese Martin, dijo el joven riendo á carcajadas; mucho vientre, barba doble, ojos brillantes y nariz encarnada; esto es exactamente: la descripcion que me habian hecho es muy exacta: maese Martin, os saludo con veneracion.

—¿Y qué diablos quereis de maese Martin? preguntó el tonelero con aspereza.

—Soy un oficial de tonelero de alguna habilidad, repuso el joven, y deseo trabajo.

Maese Martin dió un paso hácia atrás, sorprendido al ver un oficial tan robusto en el momento en que mas le necesitaba. Examinó al recién venido, gustándole el verle tan vigoroso, y se apresuró á pedirle los certificados de los maestros con quienes habia trabajado.

—No tengo ninguno conmigo, replicó el joven; pero en pocos dias enviaré por ellos: por ahora creo que será suficiente daros mi palabra de artesano honrado y laborioso.

Y sin dar tiempo á maese Martin para que le contestara, el joven tonelero fué á un rincon del taller echó allí su gorra y su morral y dijo con un tono decidido: Vamos á ver, maese Martin; ¿por dónde empiezo?

Maese Martin muy sorprendido por este modo tan poco ceremonioso pareció no admitir ni aun la posibilidad de rehusar y reflexionó algunos minutos. Despues, dirigiéndose al extranjero, camarada le dijo, puesto que estais tan seguro de vos mismo dadme una prueba de vuestra habilidad. Tomad una azuela y terminad los aros que han de rodear ese tonel.

El extranjero no esperó un segundo mandato y en un cerrar de ojos quedó terminada la obra de ensayo. Bien, dijo despues con una sonrisa, bien; maese Martin. ¿Y dudareis aun de mi habilidad? Pero ahora debo examinar un poco la calidad de los instrumentos que se usan aquí.

Y diciendo esto empezó á examinar cada objeto con el ojo de un conocedor; maestro, decia de vez en cuando, ¿que es este martillo? ¿Es un juguete de vuestros hijos? Y esta pequeña azuela ¿no es para uso de los aprendices? Al decir esto daba vueltas con su poderosa mano á un enorme martillo que Reinaldo no podia usar y que Federico no podia ni aun levantar, manejándole con la misma facilidad que la azuela de maese Martin. Por último cogiendo con ambas manos una duela sólida que no estaba adelgazada aun dijo: esto es de buena encina que debe romperse como cristal, y acompañando las palabras con la accion la partió con la misma facilidad que si hubiera sido una hoja.

¡Por las reliquias de San Sebald deteneos amigo mio! exclamó maese Martin; romperiais si os dejara el fondo de este grantonel y hariais pedazos todo mi taller. ¿Por qué quereis reducir á ruinas mi casa? ¿Vos necesitariais en vez de cepillo la espada del caballero Rolando que se conserva en el ayuntamiento de Nuremberg!

Así es en efecto, contestó el joven echando una mirada de fuego á maese Martin, pero bajando inmediatamente los ojos continuó en una voz mas suave: creia únicamente mi querido maestro que necesitabais para vuestra obra mas ruda un artesano vigoroso y tal vez he traspasado á vuestros ojos los límites de lo regular. Os ruego que me perdoneis y con tal de que me tomeis con vos hacedme trabajar tan rudamente como querais exigir.

Maese Martin quedó aun mas sorprendido al oírle; su calma repentina le produjo una sensacion indefinible. No se cansaba de mirar estas facciones de una belleza regular que denotaban un alma dotada de la honradez mas pura. Creia descubrir en su fisonomía alguna semejanza con la de un hombre á quien antes habia conocido y venerado pero cuya memoria era recordada únicamente por una remota semejanza. Por último accedió á las instancias del joven artesano con la condicion de que le presentara inmediatamente recomendaciones de los maestros con quienes habia aprendido el oficio de tonelero y le habian dado el grado de oficial.

Mientras se arreglaba este asunto Reinaldo y Federico estaban concluyendo su tonel y empezaron á ponerle los aros y para distraerse de su trabajo se pusieron á cantar una de las canciones de Adam Purchmann pero en el mismo momento Conrado, este era el nombre del nuevo oficial, saltó del banco gritando: ¿que ruido es ese? ¿Cualquiera diria que un millon de comadreas sitiaba el taller! Si quereis cantar hacedlo de modo que nos de ánimo para trabajar; os daré el ejemplo si es necesario.

Y con su voz atronadora Conrado empezó un canto de caza acompañado con coros: ora imitaba los ladridos de una tralla de perros ora los gritos de los cazadores, pero con tal fuerza que la casa temblaba. Mese Martin se tapó los oídos y los hijos de Marta, la viuda de Valentin, que estaban jugando en el taller, corrieron á ocultarse detrás de un monton de tablas; Rosa vino al mismo tiempo muy asustada y sin saber que desgracia era la que ocasionaba estos inauditos aullidos.



Historia de las flores.—La rosa.

Tan pronto como Conrado vió á la bella hija de maese Martin, se detuvo en medio de su canto, y dirigiéndose hácia ella, la dijo con el tono mas suave:

—¡Oh jóven encantadora! ¡Qué luz celestial ha iluminado este pobre taller desde que habeis entrado en él! Si yo hubiera sabido que vos estábais tan cerca, hubiera tenido cuidado de no herir vuestros delicados oídos con mi rudo canto. Y vosotros, continuó dirigiéndose á maese Martin y á sus dos oficiales, ¿no podeis parar un momento vuestros martillos, mientras esta

bella jóven está entre nosotros? No debemos oír nada mas que su suave voz, ni pensar en mas ocupacion que en escuchar su voluntad y obedecerla humildemente.

Reinaldo y Federico cambiaron una mirada, que denotaba bastante el descontento que los producía este lenguaje. En cuanto á maese Martin, soltó una carcajada, segun su laudable costumbre, y contestó:

—Vos, Conrado, me pareceis el mochuelo mas singular que ha puesto jamás los pies en mi casa. Empezais amenazando aniquilarlo todo

bajo vuestro pie de gigante, luego aturdis con vuestros aullidos, y para coronar todas vuestras locuras tratais á Rosa como á una princesa, y teneis con ella las maneras y las palabras delicadas de un gran señor; creo que la jaula de un loco os conviene mas que mi taller.

—Vuestra querida hija, replicó Conrado sin dar muestras de ofenderse por este duro lenguaje; vuestra querida hija, mi digno maestro, puedo aseguraros que es la criatura mas graciosa y mas noble del universo, y quieran los cielos que ella se digne no permanecer insensible al homenaje del mas galante heredero de noble raza que ponga á sus pies su tierno amor y blasones.

Maese Martin, á pesar de sus esfuerzos, lanzó una carcajada homérica, dejándose caer en el banco como un poseído; despues, cuando tuvo fuerza para pronunciar, exclamó:

—Puedes dar á mi Rosa los nombres mas preciosos que imagines, no pongo obstáculo ninguno á ello, al contrario; pero te ruego que no dejes los golpes con el martillo, porque aquí el trabajo es antes que la galantería.

Conrado sintió esta reprimenda como un hierro candente que penetraba en su corazon, y sus ojos brillaron de cólera; pero se contuvo y contestó con frialdad:

—Es verdad.

Y volvió á su trabajo.

Rosa se habia sentado al lado de su padre en un tonel pequeño que Reinaldo acababa de cepillar para darle un aspecto mas ventajoso, y que Federico la acercó con toda galantería.

Maese Martin rogó á sus dos oficiales favoritos que empezaran de nuevo para que oyera Rosa el canto que Conrado habia interrumpido tan rudamente.

Este permaneció silencioso, y pareció no tener ojos mas que para continuar su trabajo.

Cuando concluyeron la cancion descendia ya el dia, y maese Martin, satisfecho de sus dos oficiales favoritos, se fué á acompañarlos con su hija á una pradera florida que habia fuera de la ciudad. Rosa iba lentamente entre los dos jóvenes. Federico, orgulloso por las alabanzas que habian prodigado á su canto, hacia reso-



El tonelero de Nuremberg.—Maese Martin herido por Conrado. (Capítulo VII).

nar en los oídos de Rosa algunas dulces expresiones que indicaban sus amorosos designios, y que eran comprendidas fácilmente; pero que por modestia ella aparentaba no comprender. A pesar de escuchar á Federico, parecía servir á Reinaldo, que llevó su audacia hasta el extremo de hacerla tomar su brazo.

Al llegar á la pradera, que era este día el punto de su paseo, hallaron grupos de jóvenes entregados á toda clase de juegos de ejercicio, en los que la fuerza física decidía la victoria. La multitud de los espectadores lanzaban incesantemente hurras y aclamaciones de júbilo. Maese Martin, curioso como los demás, penetró por entre la multitud para ver mas de cerca al vencedor que recibía estas ovaciones, y que no era nadie mas que su oficial Conrado, que había alcanzado todos los premios en la carrera, en la lucha y en el tiro de barra. En el momento en que maese Martin se acercó, Conrado, levantando la voz, desafiaba á la esgrima al mas diestro de sus rivales. Varios combates tuvieron lugar, y en todos ellos ganó Conrado, de modo que alcanzó, sin escepcion, todos los honores de este día.

El sol se había puesto; los resplandores encendidos del crepúsculo que comenzaba, se extendían como una barra de oro en el horizonte. Maese Martin, Rosa y los dos oficiales de su padre se hallaban sentados al lado de una fuente que daba frescura y fertilidad á la pradera. Reinaldo refirió mil recuerdos de la hermosa Italia; pero Federico, sumergido en sus pensamientos, tenía sus ojos fijos en los de Rosa. Conrado se aproximó de nuevo á ellos poco á poco, como un hombre que tiene un proyecto; pero que duda en el momento de ponerlo en ejecución.

—Conrado, venid aquí, le dijo maese Martin en el momento que le vió; habeis alcanzado un éxito completo en todos los juegos corporales, y os felicito sinceramente por ello. A mí me gusta ver que mis oficiales se distinguen

en todo. Venid, pues, y os colocareis entre nosotros.

Conrado en vez de conmovirse por esta cordialidad, echó una mirada altiva y desdeñosa sobre su maestro, y dijo:

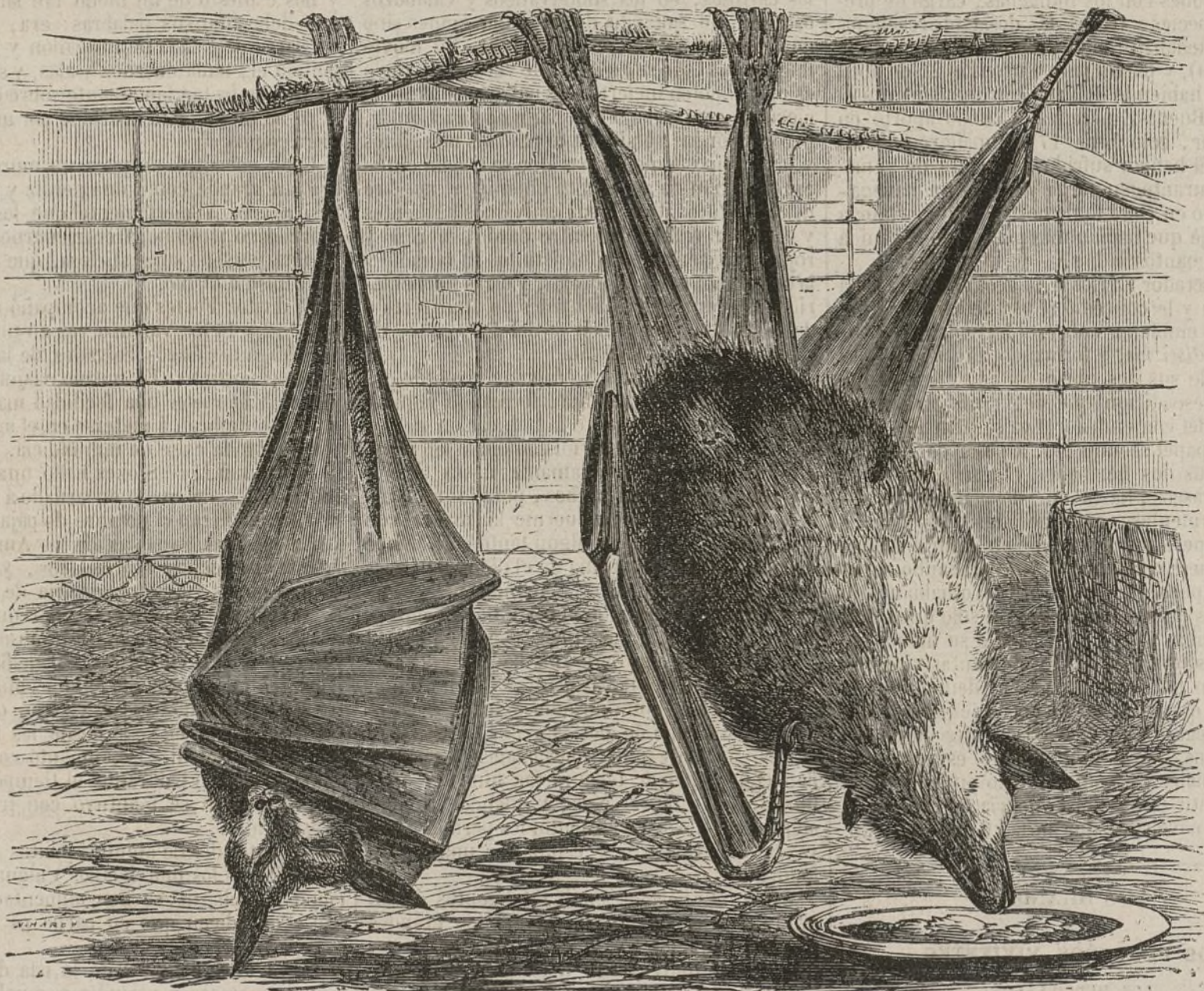
—No era á vos á quien yo buscaba aquí, y podeis creer que no tendría necesidad de vuestro permiso para sentarme con vosotros, si

deseara hacerlo así. He vencido hoy á todos los que salieron á luchar conmigo, y quería suplicar á vuestra bella hija que me concediera como premio de mis victorias el ramillete perfumado que reposa en su seno.

Al decir esto dobó humildemente su rodilla ante Rosa á quien dirigió una mirada altiva.



Sebastian del Cano.



Los murciélagos del Jardin Zoológico de Londres.

—Bella Rosa, la dijo, no me negareis este favor pequeño, pero precioso para mí.

La hija de maese Martín no pudo resistir á esta súplica hecha tan cortesmente. Un caballero de vuestro mérito, le contestó, debe obtener algún recuerdo de la dama de sus pensamientos; quiero dejaros tomar este ramillete pero ved que sus flores están ya ajadas.

Conrado cubrió las flores de ardientes besos y puso el ramillete en su sombrero á despecho de maese Martín que parecía disgustado de estas familiaridades.

—Vamos, vamos, la dijo, dejemos estas locuras porque es hora de volver á casa.

Maese Martín echó á andar; Conrado presentó su brazo á la jóven con una galantería que contrastaba singularmente con sus maneras habituales, y Reinaldo y Federico los siguieron con aire frío y reservado. Todos los que los veían pasar de este modo, repetían:

—Mirad, ese es el rico tonelero Tobias Martín y sus dignos oficiales.

(Se continuará.)

LOS HOMBRES ÚTILES.

SEBASTIAN DEL CANO.

Este famoso navegante español, el primero que dió la vuelta al mundo, nació en Guetaria, en la segunda mitad del siglo XV, abrazó la carrera marítima, y muy pronto obtuvo el mando de una embarcación, con la que recorrió las costas de Africa.

Cuando se preparaba la expedición que debía intentar la vuelta al mundo bajo las órdenes del célebre Magallanes, en 1521, Cano fue nombrado capitán del buque la *Concepción*, y tanto fue el celo que demostró y su pericia marítima, que al ocurrir la muerte del mismo Magallanes, fue nombrado almirante en jefe por todas las tripulaciones. Al frente de aquel puñado de valientes españoles, Sebastian del Cano recorrió los mares de las Molucas, estableció relaciones con los indígenas, cargó de preciosas especies y frutas las dos embarcaciones que le quedaban (de cinco con que se inició la expedición), y partió para Europa el 21 de abril de 1522, habiendo doblado afortunadamente el cabo de Buena-Esperanza. Cuando aportó en San Lúcar, solo traía 17 compañeros de los que con él habían sufrido toda clase de penalidades durante su larga y peligrosa navegación, pero en cambio demostró la importancia de su viaje que hacían mas peregrino la venida de unos cuantos indios.

El emperador Carlos V le acogió con alguna distinción y le concedió el uso de armas con el globo por emblema con esta leyenda: *Primus circumdedisti me*; y formando alta idea de las ventajas de sus descubrimientos, dispuso una segunda expedición que debía marchar á las órdenes del comendador Loaisa. En ella hizo Cano un papel secundario, á pesar de llevarse consigo sus dos hermanos y gran número de marinos vascos, hasta que después de un sin fin de tormentas, enfermedades y desgracias que entorpecieron la expedición, murió Loaisa y tomó nuestro célebre marino el mando superior de la pequeña escuadra. Cinco habían sido los buques que la formaban, y ya solo quedaban dos al recibir Sebastian del Cano su mando.

Pero los terribles efectos de tantas vicisitudes debían herir también á tan denodado navegante, que á los pocos días sucumbió obligando á regresar á España á sus desconsolados compañeros. Su nombre ilustre es respetado por nacionales y extranjeros, no pudiendo nadie competir en la dicha y gloria de haber sido el primer navegante que dió la vuelta al mundo.

LOS GRANDES

y

LOS PEQUEÑOS VIVIENTES.

LOS MURCIÉLAGOS.

¿No habeis visto alguna vez revolotear delante de vuestras ventanas, al acercarse la

noche, pequeñas y presurosas aves, cuyo vuelo incierto os hace creer muy fácil su apresamiento solo con alargar vuestro brazo? ¿No os habeis divertido alguna vez con la algaraz de alegres muchachos, que con una caña en la mano intentan herir á su paso alguna de las aves que al caer la tarde no hacen otra cosa que dar vueltas por los rincones de las plazas, abajándose á menudo como si quisieran tocar el suelo? Pues estos pequeños seres, precursores de las tinieblas, centinelas avanzados de la noche, son los murciélagos. Y nos os burleis de ellos, porque los murciélagos, á pesar del aspecto repugnante de su figura, tienen sus costumbres, cuyo estudio debe interesarnos; y además de sus costumbres tienen otra cosa que no poseen todos los grandes ni los pequeños vivientes, que es su historia, enlazada por cierto con los nombres ilustres de los hombres célebres que la han escrito.

Sin embargo, los naturalistas no clasifican á estos singulares animales entre las aves, á pesar de que tienen alas poderosas con las cuales pueden volar por los aires y apenas andan por la tierra, porque si se examinan detenidamente se ve que poco se diferencian de los mamíferos ordinarios, no siendo las alas otra cosa que una prolongación de los miembros anteriores. Los murciélagos reciben mil diversos nombres segun sus diversos caracteres, siendo en Europa los mas abundosos los comunes (*vespertilio*), los orejados (*plecotus*), y los de herradura (*rhinolophus*). Sus ojos son sumamente pequeños, pero en cambio sus orejas son á veces grandes en demasía, y la especie de tacto que ejercen con la superficie membranosa de sus alas es tan fino, que les sirve para dirigirse por todos los recodos de sus escondrijos con la mayor seguridad, aun despues que se les han sacado los ojos, por sola la diferencia de las impresiones que les causa el aire. Todos se esconden y huyen de la luz, buscan los sitios oscuros, acomodándose en las grietas de los peñascos, en los campanarios, en las ruinas de los castillos, en los subterráneos y calabozos oscuros, no saliendo de sus habitaciones sino de noche para volver al amanecer. Su movimiento en el aire mas bien que verdadero vuelo es un revoloteo incierto, el cual aparentemente ejecutan con trabajo y de un modo particular, pero es porque persiguen al paso los mosquitos y las mariposas nocturnas que se tragan enteras. La tribu en general ha obtenido el nombre de *vespertilio*, tienen sus individuos 32 dientes y su color varia poco entre pardo, moreno y rojizo ceniciento, siendo distintos su tamaño y la conformación de las orejas, y otras particularidades segun sean habitantes de Inglaterra ó de Alemania, del Brasil ó del Paraguay, de Ceilan ó del Rio de la Plata.

Los murciélagos por lo regular viven de dos en dos, macho y hembra, formando familias unidas entre sí durante la educación de los hijos, de los cuales lo mismo cuida el padre que la madre. Esta amamanta á sus tiernos pequeñuelos con sus pechos, pues los murciélagos son mamíferos; duerme la madre con ellos hasta que crecidos algun tanto conoce que les perjudica su compañía en el nido. Entonces se retira de él dándoles de mamar por última vez durante el día momentos antes de entregarse al sueño. El padre les enseña luego á volar y á hacer uso de la uña con que permanecen suspendidos de las piedras y de las ramas de los árboles, comunicándose todos mutuamente por medio de ciertos gritos y gesticulaciones. Marido y mujer murciélagos, desempeñan con la mayor ternura las funciones administrativas de la casa, y cuando los hijos adquieren todo su incremento, les permiten que vayan á otra parte á establecer una nueva familia.

Otros murciélagos, mas inteligentes ó con miras mas civilizadoras, emprenden grandes trabajos reunidos todos los de una vasta comarca. Los murciélagos volantes del Senegal, por ejemplo, emprenden su marcha de noche y marchan casi siempre en línea recta atravesando así los bosques, las montañas y aun los

rios á nado, y van á fundar nuevas colonias á otros países, ó bien á recoger los frutos de diferentes climas.

Hemos dicho que los murciélagos tenían su historia. ¿Quién lo duda? Y muy brillante, merced á los nombres famosos con que la vemos enlazada. Desde luego ellos dieron origen en los tiempos primitivos á las creencias de los antiguos, acerca de las temidas harpías, monstruos alados y fabulosos, envi dos por la implacable Juno, y cuyos nombres son sinónimos de rapiña y crueldad. Relaciones exageradas de los murciélagos de ciertas islas, crearon en la imaginación de los soberbios romanos el temor á las harpías, y aquellos pueblos señores del mundo temblaban con la idea de monstruos alados. Porque si bien es verdad que en general un murciélago cuyas alas medidas de punta á punta, esceden de 12 pulgadas, ó cuyo cuerpo es mayor en volumen que el de una comadreja, está considerado como grande; en algunos países hay sin embargo variedades de esta familia que medidos de una extremidad á otra cuando están extendidos tienen cinco ó mas pies de longitud en las alas, con cuerpos de una anchura proporcionada. A esta variedad pertenece un ejemplar que han adquirido recientemente en el Jardín zoológico de Londres, y hay efectivamente algo de extraño en el aspecto de este animal que durante el día se halla suspendido cabeza abajo en una postura que con solo verla, sugiere al espectador ideas de pesadilla y temores apopléticos.

Algunos de estos murciélagos antes de ser bien conocidos aterraban á los marineros que los encontraban.

El capitán Cook, en la relación de su primer viaje, lo refiere así; uno de los marineros del *Endeavour*, cuando este buque estaba en la costa de la Australia en 1770 dijo á sus compañeros al volver de un paseo por los bosques, que creía haber visto al diablo en persona. «Nosotros, dice Cook, le preguntamos naturalmente bajo qué forma se le había aparecido, y nos contestó de un modo tan singular, que creo debo citar sus palabras: era, dijo, como un barril de cabida de un gallon y muy semejante á él; tenía cuernos y alas, y sin embargo se arrastraba tan lentamente sobre la tierra que si yo no me hubiera apartado por miedo le hubiera cogido.»

Cook encontró despues un murciélago que era tan grande como una perdiz y de un color casi negro. Y ciertamente que las orejas del murciélago pueden parecer cuernos á los ojos de una persona supersticiosa, que cree ver en él al mismo diablo.

El doctor Fortes que acompañó á Cook desde 1772 á 1775, vió una vez en un árbol mas de 100 murciélagos colgados de las ramas en diversas posturas. El mismo viajero dice que los vió nadar con una facilidad maravillosa, y que acostumbran á meterse en el agua para lavarse de toda clase de inmundicia.

El capitán Lord Stokes halló una especie de murciélagos de cuello encarnado á los que los marineros dieron el nombre de pájaros-monos.

En las islas llamadas de los Amigos se encuentran muchos murciélagos, y aunque el viajero no los viera, no dejaría de conocer su presencia por un olor particular que despiden siempre estos animales. Un naturalista americano llevó uno de ellos á Filadelfia donde se conservó por espacio de algunos años, habiéndolo llegado á domesticarse como otro animal cualquiera. En el viaje desde las islas de los Amigos á Filadelfia, se alimentó con arroz cocido con azúcar; durante el tiempo que vivió en esta ciudad se mantuvo con frutas ó con aves cocidas.

Los naturales de algunos puntos de la Australia comen los murciélagos y algunos viajeros como Leichhardt, se han alimentado también con ellos; dicen que su carne es nutritiva y suave.

En algunos distritos de la isla de Java son muy numerosos y perjudican mucho, porque comen toda clase de frutas, desde la nuez de coco, hasta los productos mas raros y delicados

de la tierra que se cultivan en los jardines de los príncipes.

El coronel Sykes habla de otra variedad de murciélagos propia de las Indias occidentales, y cuya carne es estimada por los portugueses. El mismo coronel dice hablando de este alimento; «puedo asegurar por conocimiento personal que su carne es delicada y sin olor desagradable.»

Guillermo Dampier ya observó en 1687 las costumbres de los murciélagos en una de las islas Filipinas, aunque exageró su tamaño diciendo que las alas extendidas en su longitud no tendrían menos de siete u ocho pies cada una. El mismo autor dice que apenas se había puesto el sol empezaban á volar en enjambres como abejas desde una isla á otra, y por la mañana antes de salir el sol volvían al punto de donde habían salido. El doctor Horsefield dice, que tienen la misma costumbre los de las partes mas bajas de la isla de Java. Durante el día se cuelgan de las ramas de un árbol donde están la mayor parte del tiempo durmiendo inmóviles y frecuentemente apiñados. Tienen poca apariencia de seres vivientes, y una persona que no estuviera acostumbrada á verlos, los podría tomar por una parte del árbol ó por un fruto de un tamaño poco común, suspendido de las ramas. En general están silenciosos durante el día, escepto cuando se suscita alguna contienda entre ellos por librarse del calor del sol, porque entonces lanzan un grito agudo y penetrante. Sus garras sontan agudas, y por lo tanto se aseguran de un modo tan violento, que no pueden dejar fácilmente su presa sin ayuda de sus alas. Esta particularidad es propia de todas las variedades de la especie.

Seria en fin interminable la serie de datos históricos debidos á los mas célebres viajeros y naturalistas, acerca de *murciélagos*, demostrando todos que sus curiosas costumbres han llamado la atención, lo mismo de los hombres pensadores de Europa, que de los de las demás regiones del mundo.

ROBINSON.

ARQUITECTURA RURAL.

LAS GRANJAS Y HABITACIONES CAMPESTRES.

El propietario que levanta casas de campo en cualquier país que sea, debe tener presente principalmente las costumbres de los habitantes del sitio que ha elegido. Establecer mejoras útiles es cosa necesaria; pero construir, modificando de un modo radical lo que ya ha pasado al estado práctico, puede ocasionar graves perjuicios en la construcción de las casas campestres. Generalmente, si tal ó cual costumbre ó disposición está adoptada por los indígenas, es que hay para ello un motivo fundado. Es, pues, preciso, antes de verificar cualquiera modificación, hacer un estudio profundo de las localidades. En vista de lo dicho, el arquitecto encargado de dirigir la construcción de habitaciones rurales obrará con acierto si empieza su trabajo observando las costumbres de los habitantes y la disposición de las labores existentes; debe consultar al labrador, puesto que para él va á construir; es preciso que deponga todo su amor propio, y que no se deje llevar de una vana susceptibilidad, que indudablemente le impediría el tomar todas las noticias que le son indispensables. Cuando haya adquirido, pues, todas estas noticias, será cuando podrá desplegar todo su talento, coordinando sus ideas con las que habrá adquirido en aquellos alrededores, y podrá entonces establecer todas las mejoras que juzgue convenientes. Las grandes casas de labor, las alquerías y las habitaciones para los labradores, se establecerán según estos principios. De este modo se verá desaparecer el número de esas construcciones, que, dirigidas sin talento y sin reglas, no corresponden á las necesidades que deberían satisfacer.

Una vez dominado el proyecto en conjunto, se pasará á hacer las divisiones para dar á cada una el espacio que sea necesario; se elegirán los

materiales, se discutirá el precio de ellos, y los gastos de transporte y construcción. Las construcciones rurales, mas que ninguna otra, deben sujetarse á las reglas de la mas estricta economía. Se preferirán los materiales que ofrezcan mayor solidez, teniendo en cuenta el presupuesto hecho, pues es evidente que si se puede obtener una casa de piedra por el mismo precio que una de ladrillo ó madera, se dará la preferencia á la primera.

La distribución de las casas ó edificios de un país agrícola debe ser objeto de profundos estudios de parte de cualquier administrador concienzudo, porque si reúnen las circunstancias que se exige de ellos, aumentan considerablemente el valor de los trabajos; por consecuencia, se obtendrá del propietario un arrendamiento mucho mas elevado, por estar sus dependencias distribuidas de una manera conveniente y regular. Sucederá todo lo contrario, si ha prevalecido una mala distribución en la construcción de las fábricas, ó si estas son incómodas ó hechas por un plano irregular.

Los edificios rurales bien entendidos y bien distribuidos, son la base del buen éxito de las labores agrícolas. Cuando las disposiciones que hemos advertido precedentemente no han sido observadas, y por consiguiente, las cuadras ó lugares destinados á los animales son estrechas, insalubres é incómodas, hay pérdida de tiempo, de géneros y de capitales, y los trabajos no pueden prosperar.

En todos los países en que la agricultura no se halla floreciente, se puede asegurar que consiste ese estado de cosas en la mala disposición y falta de buena conservación de las habitaciones rurales. Si se compara España y Francia, con Inglaterra, Bélgica y Alemania, se verá que estos últimos países están en gran progreso en el concepto de la economía agrícola, porque las casas de labor están colocadas, distribuidas y conservadas con esmero.

En todas partes donde se vean las tierras descuidadas, se hallará la causa en la disposición viciosa de las dependencias, en el mal estado de los caminos y de las yuntas, las cuales están sujetas á un trabajo tan escésivo como inútil, y no pueden ser dirigidas de un modo conveniente; en fin, nada en aquellos sitios puede prosperar; las tierras desmerecen cada vez mas, y las labores perecen por la falta de inteligencia del que las ha creado.

Las casas de labor deben ser dispuestas con regularidad; pero las formas que se pueden adoptar para ellas, varían según los países, las circunstancias y las necesidades. La forma cuadrada, oblonga ó circular, no ha sido concebida únicamente por capricho, sino por un fin de utilidad. En una alquería pequeña, se preferirá el cuadro regular al cuadrilongo; pero si es de mayores dimensiones, convendrá mas este último.

La superficie necesaria para circunscribir las dependencias, debe ser proporcionada á la importancia de la labranza. La casa de labor, que ocupa un área de 360 pies, no necesita para cercarla mas que 150 pies de tapia, y el doble se necesita para cercar una superficie de labranza que ocupe 1,440 pies.

Cuando todas las dependencias de un cercano están reunidas en un mismo cuerpo y bajo un mismo tejado, como sucede en algunas partes, tienen la ventaja de ser mas templadas en invierno, mas económicas, y de mas fácil y menos costosa conservación; no tienen mas inconveniente que el ser mucho mas expuestas á incendios. En los países cálidos, no se puede de ningún modo adoptar este género de distribución, porque todas las habitaciones tienen necesidad de mucha ventilación.

Algunos autores, con un fin económico, y para ocupar menos superficie de la que exige el cuadrado ó rectángulo, han aconsejado que se reúnan todas las dependencias en torno de un gran patio interior circular. Este principio es bueno, pues que proporciona mayor superficie para el desarrollo; pero, por otra parte, las divisiones interiores tienen el defecto de ser muy dificultosas: es verdad que las han modi-

ficado con un número mas ó menos grande de costados ó ángulos; pero esto no ha dado mas comodidad á la distribución interior.

Otra idea que ha prevalecido en ciertos autores, y que en el día se ha abandonado, consistía en unir las dependencias al edificio principal: este sistema equívoco, que solo ha tenido aplicación en las alquerías de poca importancia, tiene los mismos inconvenientes que hemos expuesto para las dependencias reunidas bajo un mismo techo; y tiene, además, la desventaja de entorpecer el servicio, de dejar las habitaciones á la intemperie y sin ningún abrigo; la parte central insalubre, pues que no puede tener buenas luces, ni ser bien ventilada. Añadimos á todo esto la dificultad que existe de establecer una vigilancia directa, pues que no se pueden abrazar mas que cierto número de dependencias á la vez.

En la disposición recíproca y distribución de las diversas partes de las casas de labor, es necesario observar las reglas generales relativas á la dimension de los espacios, pues que estas reglas tienen por objeto asegurar las ventajas numerosas y permanentes de una economía bien entendida.

Cuando la obra está ya concluida, es preciso procurar introducir en ella todo lo que pueda aproximarlos á una construcción racional. Por otra parte, si se construye de nuevo, se debe disponer el conjunto de las dependencias con conveniencias y discernimiento; pues que una vez concluido, es difícil poder corregir las faltas que tenga sin grandes sacrificios.

No es completa una casa de labor como no se puedan ejecutar en ella todos los servicios con la mayor facilidad y economía posibles. La buena distribución, que exige que cada cosa esté en su correspondiente sitio, no excluye la regularidad. Para conseguirlo, se ha de resolver el problema siguiente: distribuir y aproximar las dependencias, de modo que den el mayor número de ventajas, conservando la simetría. Se observarán las condiciones siguientes:

1.^a Se colocarán los graneros cerca del cobertizo, donde se halle la máquina para sacudir el grano.

2.^a Los almacenes para conservar en ellos las yerbas para el ganado, se construirán próximas á las cuevas destinadas para las raíces, á las del trigo, á las cuadras y establos, el abrevadero y las pilas cerca del ganado.

3.^a Los algibes para cebar los animales y el hondo destinado para estercolero, deben estar de manera que se puedan cargar los carrós con facilidad.

4.^a Las dependencias construidas para recoger y conservar en ellas las cosechas, deben estar en una buena disposición y ventilación; su entrada será cómoda para los carrós.

5.^a En fin, se ha de procurar la mayor facilidad posible para la vigilancia del personal.

H. D.

LA PRIMAVERA.

En cuanto la golondrina llena los aires con sus primeros acentos, brilla la precoz primavera al través de sus dorados velos.

YO.

Aun es pronto, hermosa florecilla. Aun sopla el escarchado Norte, y las cumbres de los montes no han sacudido su blanca espuma: aun están inundadas las llanuras.

Cierra pues, tus bellos ojos de oro y escóndete en el seno de tu madre, temerosa de la perla glacial de la mañana ó del efecto mortal de las heladas.

ELLA.

Nuestra vida es como la de la mariposa que nace por la mañana y muere al mediodía: preferimos vivir un instante en el risueño mes de las flores que vivir meses enteros en el triste otoño.



Murciélago comun.—(Vespertilio).

Si buscas una ofrenda para Dios, ó un obsequio para tu dama ó para tus amigos, pónme á mí en la corona y será una corona sin igual.

YO.

¿Cuál es la causa de tu orgullo, oh mi bella florecilla, habiendo nacido bajo la vil yerba, en el bosque salvaje, sin perfume, sin brillo alguno?

¿Posees tú, acaso, la belleza de la aurora, el turbante del tupilan, el candor del lirio, ó el encarnado seno de la rosa?

Pero no importa, ven, quiero que ostentes en mi corona tu belleza; ¿mas puedo confiar en tí? ¿Mis amigos, mi amante te mirarán con agrado?

ELLA.

¡Oh sí! tus amigos me saludarán llenos de gozo porque soy el ángel de la primavera; la amistad no desea la brillante luz del mediodía: lo mismo que mis flores halla su placer en la sombra.

Si yo fuese digna de tí, ¡oh celestial María! ¡si para el primer ramo de la primavera pudiese solo obtener... tu primera lágrima!

ADAM MICKIEWICZ.

NOTICIAS Y CURIOSIDADES.

La estadística de las obras existentes en las bibliotecas públicas de Madrid es la siguiente:

Hasta el año de 1855 existían en la del Instituto de San Isidro 29,814 obras que formaban 75,597 volúmenes; en la Universidad ó Noviciado, 9,919 obras que formaban 22,399 volúmenes; en la de la Facultad de medicina 7,051 obras, ó sean 18,102 volúmenes, y en la de Farmacia 1,122 obras, ó sean 4,110 volúmenes. El total de obras era de 47,906, y el de volúmenes de 120,208. Pero estos totales han recibido desde 1855 notable aumento, en términos que en el presente año de 1862 el total de obras en las referidas bibliotecas es de 50,638, y de 125,909 el número de volúmenes.

El número de idiomas que se hablan en el mundo conocido asciende á 2,523, de los cuales se hablan 587 en Europa, 396 en Asia, 276 en Africa y 1,264 en América. Los habitantes del globo profesan 1,000 religiones distintas. El número de hombres es á corta diferencia igual al de las mujeres. Una cuarta parte de los varones muere antes de haber cumplido 7 años, y una mitad antes de los 17. Por cada 1,000 personas hay un centenario. En cada centenar de individuos se cuentan 6 sexagenarios, y por cada 500 hay 1 octogenario. La tierra está poblada por 1,000.000.000 de habitantes, de los cuales mueren todos los años 333.333,333; cada minuto 60, es decir, 1 cada segundo. Los fallecimientos están compen-

sados por el número de nacimientos. Las personas casadas viven mas años que los celibatos, y los que son sobrios se conservan mejor. Las mujeres llegan mas fácilmente á los 50 años que los hombres, pero pasada esa edad tienen menos probabilidades de vida que aquellos.

En las ciudades de China hay cafés con pequeñas mesas, alrededor de las cuales se sientan las personas que concurren á ellos, y los mozos les sirven té y pipa. Es muy comun el servir con el té pepitas secas de melon, y los consumidores se entretienen comiéndolas. Esto les hace pasar el tiempo y los escita á tomar el té.

En veranos se da á los concurrentes servilletas mojadas en agua caliente para limpiarse la cara y las manos.

Con frecuencia se pasean por los salones de los cafés los vendedores de dulces y pasteles, ofreciendo á los aficionados sus mercaderías.

Los cantores, los cómicos y prestidigitadores se presentan tambien algunas veces, y lucen sus habilidades para recoger algunos donativos voluntarios.

Otras veces es todo un señor letrado el que se sienta gravemente detrás de una mesa y pronuncia elocuentes discursos sobre un hecho histórico ó sobre cualquiera otra cuestion seria. Generalmente los dueños de los cafés pagan á estos personajes para atraer la concurrencia. Hombres distinguidos asisten con gusto á semejantes lecturas.

Siendo desconocidos en China los periódicos, los cafés son los centros de las noticias políticas y de ellos se reparten á todas las poblaciones. Hay algunos cafés mas autorizados que otros por ser mas distinguida la clientela que en ellos se reúne. Se puede juzgar del espíritu público por las conversaciones que se tienen en los cafés. En muchas circunstancias mandan á ellos los mandarines sus espías para que les informen de la opinion pública.

Algunos cafés tienen varios departamentos ó separaciones formadas por jardines: tambien en algunos de ellos se sirven comidas.

Existen cafés especiales para fumar el opio: se ve en ellos bancos de madera, anchos y provistos de almohadas; y en cada uno de ellos se ve un hombre echado saboreando el humo odorífico de este narcótico.

CLAVE ENIGMÁTICA

PARA CORRESPONDENCIA SECRETA.

23 = 24 93 48 24A < 3 + 42 3293;
7 = 3248 X = 454A 2 = 8 7 = A74 = 6 = 8,
= 4 4A 4223 84 4A < 4A + 535 = A
63248 8453A 8 = 8 4875 > 6 = 8.

74503A648 83304 + 53.

Cervantes Saavedra.

La esplicacion en el número próximo.

Por todo lo no firmado J. GASPÁR,
editor responsable.

Las procesiones en Quito.—Indio que acompaña la procesion bailando.



ADVERTENCIA. Las suscripciones se hacen solo por un año ó por seis meses.—Las de año concluirán el último de febrero y las de seis meses á fin de agosto próximo.—Las reclamaciones por pérdida de un número, se atenderán solo durante los primeros 15 dias despues de su publicacion.

PUNTOS DE SUSCRICION. MADRID: Libreria de Gaspar y Roig, Principe, 4; de Matute, Carretas, 6; de Leocadio Lopez, Cármén, 29; de Cuesta, Carretas, 9; de San Martín, Victoria, 9; de Sanchez Rubio, Carretas, 51, Moro, Puerta del Sol; Durán, Carrera de San Gerónimo; Doehao, calle de Jacometrezo, 65 y en la Publicidad, pasaje de Matheu.

En Provincias, Estranjero y Américas en casa de los corresponsales de los editores Gaspar y Roig, donde se suscribe á la BIBLIOTECA ILUSTRADA, y mandando libranzas ó sellos de Correos.

MADRID: Imp. de Gaspar y Roig.